LA VOCACIÓN DE PABLO SEGÚN PABLO*

DOI: <https://doi.org/10.52039/seminarios.v53i182.629>

*Autor: Claude Tassin. Sacerdote
espiritano. Profesor en el Institu-
to Católico de París.*

El autor presenta la dinámica de la vocación de Pablo tal como aparece en sus escritos. Se plantea tres cuestiones: ¿vocación o conversión? ¿vocación cristiana o vocación apostólica? ¿vocación personal o llamada eclesial? A estas preguntas intenta dar respuesta durante el desarrollo del estudio.

ESTUDIOS

Como en el caso de los profetas, la vocación de Pablo se ha prestado a multitud de interpretaciones. La aproximación psicológica ha tenido siempre sus defensores. Algunos habrían visto en él un ser atormentado e incluso, en una obra reciente, se le presenta como un hombre cuyo destino se explica por las deficiencias de su madre¹. La crítica de las formas tiene razón para revalorizar la función de legitimación de los textos en los que el apóstol evoca su llamada. Pero la exégesis contemporánea subraya el fenómeno del «deuteropaulinismo»². Algunos escritos en los que Pablo

* El presente artículo apareció en francés en la Revista *Jeunes et Vocations*, 102 (01) pp. 37-42.

¹ E. Gillibert, *Saint Paul ou le colosse aux pieds d'agile*, Montélimar, 1974.

² Ver, por ejemplo, D. Marguerat (ed.) *Introduction au Nouveau Testament*, Gèneve, 2000, 265-303.

se expresa en primera persona tienen en realidad su origen en discípulos posteriores. Así la carta a los fieles de Éfeso (3,1-13) presenta a Pablo como el maestro iniciador del Misterio de Dios. El autor de la primera carta a Timoteo (1,12-16) ve en él el modelo de pecador perdonado. Evidentemente, estas relecturas quieren volver a dar sentido y coherencia a la figura del maestro desaparecido.

Esta complejidad invita a la precaución, si queremos sacar provecho de los textos de Pablo en nuestras preguntas sobre la vocación. Pero el apóstol no ha elaborado una teoría de la vocación. Para proceder con cautela, avanzaré tres cuestiones: ¿Vocación o conversión? ¿Vocación cristiana o vocación apostólica? ¿Vocación personal o llamada eclesial?

I – VOCACIÓN O CONVERSIÓN

Pablo, judío inflamado por su celo por la Ley, pasa a la fe en un Cristo maldito por la Ley judía (cf. Gál 3,13). Este esquema ha inspirado a Lucas en su presentación del camino de Damasco (Act 9). Prácticamente contemporáneo de la redacción de Hechos, el autor de la primera carta a Timoteo ve en Pablo el tipo de la conversión del blasfemador y pecador, excusable por su ignorancia (1 Tim 1,12-16). Este motivo ha tenido su origen en la vivencia del apóstol que se hace eco de esto: las Iglesias judías «solían decir que el perseguidor de antes anunciaba ahora la fe que entonces pretendía destruir; y ellos glorificaban a Dios por esta causa»³ (Gál 1,23 s.).

Pero la conversión de Saulo de Tarso y su vocación ¿son una y misma cosa? La vocación del apóstol no se sitúa en un único acontecimiento que se pueda comprobar. Él engloba en un solo relato una llamada de Dios que sitúa desde el seno materno, una misión inicial, y una revelación que le manda a convertir a las naciones paganas: «Pero cuando Dios, que me eligió desde el seno de mi madre y me llamó por pura benevolencia, tuvo a bien revelarme a su Hijo y hacerme su mensajero entre los paganos» (Gál 1,15-16).

Esta segunda fase es más puntual, porque comienza en una estancia en Arabia, y la posterior vuelta a Damasco. Es en esta ciudad donde Pablo encontrará por primera vez las sinagogas cristianas y esta confrontación

³ Sobre conversión y vocación ver J. Becker, *Paul l'apôtre des nations*, París 1955, 73-101; J-C Becker, *Paul the apostle. The triumph of God in life and thought*, Edimbourg, 1989, 3-10.

agitada habría tenido al parecer una influencia decisiva para él. La hipótesis de una primera campaña de propaganda cristiana en Arabia explicaría la hostilidad de Aretas IV persiguiendo con sus fuerzas al predicador hasta Damasco, por medio del etnarca árabe de esta villa⁴.

Entre tanto la palabra «revelación» (Gál 1,12) y el verbo correspondiente (v. 16) oscurecen las pistas. Entendemos que a Pablo Dios le ha revelado a Jesús como el Cristo («una revelación de Jesucristo», v. 12) y como su Hijo y que esta revelación le ha dirigido inmediatamente a predicar a los paganos. De esta manera Dios ha puesto claro a Pablo la totalidad del horizonte cristiano, la espera del Hijo de Dios «que vendrá desde los cielos, que ha resucitado de entre los muertos, Jesús que nos libera de la ira que amenaza» (1 Tes 1,10). Como otros judíos de su tiempo, Pablo pretende sacar provecho de un Apocalipsis y sus experiencias visionarias son innegables⁵. (Cf. 2 Cor 12,1-7) Pero no sabemos después de qué experiencias teológicas y espirituales ha llegado a esta situación de traducir en términos apocalípticos su paso a la evangelización de los gentiles. Quizás la elección de este lenguaje quiere contrarrestar a los visionarios rivales reclamando para sí experiencias similares (Cf. 2 Cor 3,12-14; 12,1-5). Pero ignoramos si tras alguna maduración teológica y espiritual se ha llegado a traducir en términos apocalípticos su paso a la evangelización de los gentiles. Quizás la elección de este lenguaje quiere contraponer algunos misioneros rivales que reclaman para sí experiencias similares (cf. 2 Cor 3,12-14; 12,1-5).

Se diseña también una rivalidad después de que el apóstol reclame una visión del Resucitado, Cristo «se ha aparecido a Cefas», escribe, y añade: «Y en último lugar, como a un aborto⁶, también se me apareció a mí» (1 Cor 15,5.8). el verbo *ôphthè* «se me apareció», ha sido varias veces estudiado⁷. Subrayamos simplemente que el empleo del aoristo indica un acontecimiento que ha marcado una vuelta con relación a un pasado de

⁴ Es la hipótesis de S. Legase, *Paul apôtre*, París 1991, 71-76. Cf. Gál 1, 17; 2 Cor 11, 32-33; Act 9, 2.

⁵ Sobre Pablo y la apocalíptica, cf. C. Tassin, «Pablo en el mundo judío del siglo 1º» en J. Schlosser (ed), *Pablo de Tarso*, París, 1996, col. Lectio divina 165, 181-192.

⁶ M. CARREZ (*Nuevo Testamento interlineal griego-francés*) entiende la palabra “aborto” (ektrôma) como ‘hijo póstumo’.

⁷ Ver, por ejemplo, X León-Dufour. *Resurrección de Jesús y mensaje pascual*, París, 1971, p. 71-78; 92-97.

perseguidor (1 Cor 15,9). Pero si Cristo se le ha aparecido también «a más de quinientos hermanos a la vez» (v. 6), no es una aparición en el sentido estricto de la palabra lo que importa aquí. Como el Ángel del Señor se apareció a Moisés en el Orbe para confiarle una visión (Éx 3,2), de la misma manera la iniciativa del Resucitado manifestándose a Pablo apunta a un envío. Es decir que la autenticidad de la llamada de Pablo se verifica en el ejercicio actual de su misión. He aquí por qué debe hacer constatar para sus lectores que la gracia ha trabajado en él más que en otros apóstoles (1 Cor 15,10) los mismos motivos aparecen en el pasaje siguiente: «¿Acaso no soy yo apóstol? ¿Es que no he visto yo a Jesús, nuestro Señor? ¿No sois vosotros hechura mía en el Señor? Si para otros no soy apóstol, por lo menos para vosotros sí lo soy, pues vuestra condición de cristianos es la garantía de mi apostolado» (1 Cor 1b-2).

¿No he visto yo a Jesús, y no lo he reconocido como nuestro Señor, el nuestro y el mío? Si yo me he equivocado, os he engañado a vosotros al proponeros a Jesús como Señor de vuestras vidas. Esta vez, Pablo emplea el perfecto: «he visto» (héôraka). Pablo ha visto a su Señor y él queda marcado en el presente por esta experiencia. En el resto, se trate del aoristo o del perfecto, la experiencia sensible de Pablo se nos escapa, ya que él busca ante todo legitimar su llamada situándola en el Kerigma. Incluso la expresión: «He visto a Jesús, nuestro Señor» remite a una fórmula kerigmática: «Hemos visto al Señor» (Jn 20,25; cf. v. 18).

Tras la crisis de los judaizantes que golpea a la Iglesia de Filipos, Pablo se expresa en un tono más personal (Flp 3). Ciertamente, evoca una ruptura en relación al pasado, pero no la conversión de un pecador. Proclama sin falso pudor que era entonces, «en cuanto a la justicia que provenía de la Ley, irreproachable» (v. 6); incluso su celo de perseguidor de la Iglesia entraba en esta perfección. Pero ha perdido sus seguridades «a fin de ganar a Cristo» (v. 9). Él no lo ha ganado todavía, y su exposición subraya justamente la tensión del presente.

No recurre al lenguaje apocalíptico o al carisma pascual, sino al registro del conocimiento (v. 8-11) y a la imagen de la carrera (v. 12-14). Pablo ha sido elegido por Cristo, pero Pablo no ha elegido a Cristo. Corre hacia delante para ganar el premio, a saber, la llamada (klésis) que Dios le dirige desde lo alto en la persona de Cristo Jesús. Ha abandonado sus antiguos puntos de referencia a causa, según sus propias palabras de «la superioridad del conocimiento de Cristo mi Señor» (v. 8). Este proceso en

curso, el apóstol lo explicita así: «De esta manera conoceré⁸ a Cristo y experimentaré el poder de su resurrección y compartiré sus padecimientos y moriré su muerte, a ver si alcanzo la resurrección de entre los muertos» (v. 10-11) de otras confidencias del apóstol no queda la menor duda en cuanto al lugar en el que opera este conocimiento y esta conformación. Se trata de su trabajo misionero, jalonado de pruebas, como cuenta a los corintios: «Porque nosotros mientras vivimos estamos siempre expuestos a la muerte por causa de Jesús, para que también la vida de Jesús se manifieste en nuestra carne mortal. Así que en nosotros actúa la muerte y en vosotros, en cambio, la vida» (2 Cor 4,11-12).

¿Se puede hacer equivalente la conversión y la vocación de Saulo? Su puesta en escena no es la conversión de un pecador, sino un cambio en la escala de valores provocado por el descubrimiento de Jesús como el Cristo y el Hijo destinado a las naciones. Hay, de hecho, una ruptura entre el antes y el después. Pero la vocación de Pablo no se identifica con una ruptura eventual. Es a la vez una llamada desde el seno materno, un Apocalipsis, revelación en relación con el misterio de Dios en Cristo, como lo ha entendido el autor de la carta a los Efesios (Ef 3,1-12), y una apropiación existencial del kerigma. En fin, no es una llamada al pasado, sino una tensión del presente hacia adelante según una trayectoria que verifica la tarea misionera; lo cual implica un estilo apostólico conformando realmente la llamada a la cruz de Cristo⁹.

II – ¿VOCACIÓN CRISTIANA O VOCACIÓN APOSTÓLICA?

En el capítulo en el que Pablo se considera elegido por Cristo (Flp 3), los comentarios ven sobre todo un discurso paradigmático. El versículo 17 no les quita la razón: «Sed imitadores míos y fijad vuestras miradas en aquellos que se comportan según el ejemplo que os hemos dado.» La clave de lo expuesto parece ésta: si la vida cristiana convoca a encontrar la justicia no en la Ley, sino en la fe en Cristo (v. 9), que los Filipenses no se dejen seducir por los judaizantes porque harían el camino inverso al

⁸ Yo interpreto ese kai como exegético (Nota del autor).

⁹ Añadimos el subrayado, a matizar, de J-C. Becker, *op.cit.*, p. 10: «la experiencia de la conversión de Pablo no es la puerta de entrada en su pensamiento. Pablo está preocupado por su llamada al apostolado y al Evangelio como un servicio para el mundo, no por su experiencia de conversión», en *Paul de Tarse*, Paris, 1996, coll. Lectio divina 165, 181-192.

que hizo Pablo. ¿Se podrá decir según esto que su vocación no sea un caso eminente y ejemplar de la vocación cristiana en general?

Pablo se interesa por la vocación cristiana, ya que la palabra «Iglesia» (ekklesía) remite al verbo «llamar». según Pablo los cristianos son llamados¹⁰ al Reino y a la gloria de Dios (1 Tes 2,12), a la santificación (1 Tes 4,7), a la comunión con Cristo (1 Cor 1,9), a vivir en paz (Gal 5,13). El momento de entrada en la comunidad cristiana se denomina «llamada de Dios» (1 Cor 7,20), y Dios mismo puede ser designado como «aquel que os llama» (1 Tes 5,24). Pablo no puede por menos que reconocerse en estos motivos, y «la llamada de lo alto» (Flp 3, 14) concierne al apóstol como a todo cristiano. Es preciso tener en cuenta también el vocabulario de la elección. Esta palabra (eklogê) se aplica una vez a la Iglesia (1 Tes 1,4). Más adelante Pablo limitará su uso a la elección de Israel (Rom 9,11; 11,5.7.28). El verbo correspondiente, elegir, acaba por designar la vocación cristiana (1 Cor 1,27), pero el apóstol no se remite a este lenguaje para evocar su propia llamada. Por el contrario, se reserva por dos veces el verbo aforithô, poner aparte: él ha sido apartado desde el seno de su madre (Gal 1,15), puesto aparte por el evangelio de Dios (Rom 1,1). En el Pentateuco, la palabra designa a aquel o aquella cosa que está consagrada a Dios por separación de lo profano¹¹.

La ejemplaridad interviene en el problema de los idolotitas (1 Cor 8-10), cuando Pablo se implica en estos términos: «¿Acaso no soy yo libre? ¿Acaso no soy apóstol?» (9,1) Recordemos el contexto: los Corintios son libres de comer la carne sacrificada a los ídolos, pero su libertad, si alardea puede convertirse para los débiles en ocasión de caída. Igualmente, Pablo es libre y tiene derechos en tanto que apóstol. Pero renuncia al derecho de hacerse mantener por la comunidad para no ser una carga para ellos y para mostrar la gratuidad del amor de Dios en su vocación.

En la primera carta a los Tesalonicenses, había establecido una estrecha unión entre la vocación apostólica y la vocación de creyente. Les escribía: «habéis llegado a ser imitadores míos así como del Señor». Los apóstoles han anunciado la Palabra en medio de ultrajes; los Tesalonicenses los han acogido entre tribulaciones. Pero, de una y otra forma, ha quedado manifiesto el poder del evangelio, como testimonia el reinado de la Iglesia de

¹⁰ K.L. Schmidt, art. «kalēō». TDNT. III, 487-536.

¹¹ Ver K.L. Schmidt, art. «oridsō» TDNT V., 454 ss.

Tesalónica. De una y otra manera, se ha visto reconocida una unidad de destino con el Señor Jesús, los profetas y las otras Iglesias (2,13-15).

Finalmente, los datos de la carta a los Romanos intervienen sutilmente sobre el vocabulario de la llamada: Pablo es *servidor de Cristo Jesús* (Rom 1,1), los romanos son *llamados de Jesucristo* (v. 7). Pablo es llamado *para ser apóstol* (v. 1), ellos *son llamados a ser santos* (v. 7). Pablo es *puesto aparte por el evangelio de Dios* (v. 1) y esta consagración se ve autenticada por la obediencia que es la fe de las naciones paganas, de la que los romanos forman parte¹² (v. 5-6).

Hay pues una interacción estrecha entre la vocación apostólica y la vocación de los bautizados. Pablo no teme citar su ejemplo para cambiar el comportamiento de sus lectores. Más aún les invita a discernir, en ellos y en él, una misma experiencia de debilidad y de fuerza en la acogida al evangelio. Pero, en definitiva, lo que significa este cara a cara es: corresponde a las comunidades autenticar la vocación de Pablo, el reconocer que por medio de él les ha llegado la vida nueva en Cristo y que Dios ha dado a su apóstol un lugar único en su entrada a la vida de fe. Las expresiones de Pablo son fuertes: «Si para otros no soy apóstol, por lo menos para vosotros sí lo soy» (1 Cor 9,2). Y también: «Hijos míos por quienes estoy sufriendo de nuevo dolores de parto hasta que Cristo llegue a tomar forma definitiva en vosotros» (Gál 4,19).

Más que un reconocimiento de las autoridades de Jerusalén, Pablo busca la legitimación de su vocación en el efecto de su palabra y sus acciones en el seno de las iglesias. Pero, en una perspectiva como ésta, la persona de Pablo y su vocación ¿serán tan excepcionales que nos aclararían un poco más nuestra actualidad?

III – ¿VOCACIÓN PERSONAL O LLAMADA ECLESIAL?

No se trata aquí de introducirse en la problemática de los ministerios. Pero se imponen algunos recuerdos. En la época de Pablo, Ch. Perrot considera cuatro categorías de apóstoles¹³. Recordemos que el grupo de los apóstoles se distingue del de los Doce y lo desborda. Pablo llama «após-

¹² Comparar Romanos 15,14-21; cf. J. Ponthot, «L'expression culturelle du ministère paulinien selon Rom 15,16» en A. Vanhoye (éd) «*L'apôtre Paul*» BTL 63, Leuven, 1986, p. 254-262.

¹³ C. Perrot, *Après Jésus. Le ministère chez les premiers chrétiens*, Paris, 2000, p. 59-67.

toles de las Iglesias» a los delegados que escoltan (acompañan) a Tito hasta Corinto (2 Cor 8,23). Pero recomienda también a sus lectores a sus parientes Andrónico y Junias que, dice, «son insignes entre los apóstoles, y cristianos incluso antes que yo» (Rom 16,7). Resulta difícil de precisar las funciones de los apóstoles a no ser la de que tienen una función itinerante y que se les exige una acreditación personal de Cristo.

Así Pablo puede llamarse «embajador» de Cristo (2 Cor 5,17), aunque no haya conocido a Cristo «según la carne», a diferencia de algunos apóstoles que se enorgullecen verosímilmente de haber tenido trato con el Jesús histórico. Pablo reivindica ser enviado por el Jesús resucitado. Él es «apóstol, no de parte de hombres, ni por un hombre, sino por Jesucristo y el Padre que lo resucitó de entre los muertos» (Gál 1,1). Esta convicción va tan lejos que no se deja juzgar por los Corintios. Pero añade «De nada me remuerde la conciencia, mas no por eso me considero inocente, porque quien me juzga es el Señor» (1 Cor 4,4).

Cuando ataca la competencia de los que llama *super-apóstoles* y *pseudo-apóstoles* (2 Cor 11,5.13) Pablo les reprocha que se recomiendan a sí mismos (10,12-18), de hacerse presentar por su elocuencia y su autoritarismo (11,5-6.20). Frente a ellos, manifiesta su entrega desinteresada (11,7-17; 12, 13-18) y sus pruebas, todas debidas a su tarea apostólica, sus debilidades que le asimilan a la persona de Cristo (11,23-12,10).

Pablo no entiende pues imponer sin criterios objetivos la autenticidad de su vocación. Pero Saulo de Tarso no hace un gesto de obediencia hasta que llega a Jerusalén. Simplemente, estima su tarea consagrada al fracaso si las autoridades de la Ciudad santa le desaprueban (Gál 2,1-6). Ante la evidencia, la vocación de Pablo fue admitida como excepcional. Y, a continuación, las iglesias se preguntan sobre la vocación de aquellos que siguen llevando el título de apóstol o de profeta. Ya Lucas considera como apóstoles a aquellos que han seguido a Jesús tras su bautismo (Act 1,21-22). Según este criterio, no llama apóstol a Pablo más que incidentalmente (Act 14,4.14)¹⁴, mientras que nos hace el honor de un triple relato de su llamada por el Resucitado (Act 9; 22; 26).

Algunos años más tarde, el manual de la Didaché señala claramente la preocupación de la Iglesia: ella busca regular el apostolado y el profetismo, para detener los abusos, reconociendo totalmente la iniciativa de la

¹⁴ C. Perrot, *op. cit.*, p. 151-153.

llamada de Dios que considera respetar. Algunas citas explicitan este balance¹⁵:

«Que todo apóstol que venga a vuestra casa sea recibido como el Señor. Pero no se quedará en ella más que un solo día, y si es necesario, el día siguiente; si permanece tres días es un falso profeta. A su partida que el apóstol no reciba nada más que el pan para la etapa; si pide dinero, es un falso profeta. (...) Todo hombre que hable bajo la inspiración del Espíritu no es profeta si no tiene las maneras del Señor. Se distinguirá al falso profeta del verdadero por su forma de vivir. (...) Todo profeta (...) que actúa teniendo en cuenta el misterio de la Iglesia en el mundo, pero que no enseña a hacer todo lo que él mismo hace, no será juzgado por vosotros; porque su juicio únicamente le vendrá de Dios. (...) El que os dice bajo la inspiración del Espíritu: dame dinero o cualquier otra cosa, no le escucharéis; por el contrario, si os lo pide para otros que tienen necesidad, que nadie le juzgue.»

Si Pablo –para volver a él– reivindica para sí una función apostólica, no se siente satisfecho solo con este título ministerial. Al leer Gál 1,15-16, se ve claro que lo que importa no es que Pablo sea tal o cual clase de apóstol, sino que es el enviado a las naciones, «el apóstol de las naciones» (Rom 11,13); el apostolado de los incircuncisos es confiado a Pablo, y el de los circuncisos a Pedro.

Para fundamentar su convicción, Pablo se refiere a la vocación de Jeremías, consagrado desde el vientre de su madre como profeta de las naciones (Jr 1,5). Evoca también al Siervo del Señor, según los poemas del libro de Isaías, el Siervo profeta en el que Dios «se complace» (Is 42,1), llamado desde el seno de su madre (Is 49,1) para ser luz de las naciones (Is 49,6). Otros pasajes de las cartas confirmarían el papel singular que el apóstol establece en relación con estas figuras proféticas.

Estas aproximaciones bíblicas entrañan una triple constatación. En primer lugar, si Pablo es un apóstol, es de manera única el apóstol de las naciones. En segundo lugar, su vocación no se explica enteramente por la autoridad apostólica. Pablo reclama para sí una llamada profética no tanto porque participe del ministerio profético cristiano que busca promover el nacimiento de las Iglesias (cf. 1 Cor 14,1-5), sino porque la originalidad de su vocación, le parece, no puede tener por antecesores más que en las figuras señeras de Jeremías y del profeta Siervo. Por último, y en tercer lugar,

¹⁵ *Didaché*, 11, n° 248.

estas referencias ofrecen a los interlocutores de Pablo una «base bíblica» que le permite clasificar en esquemas aceptables lo inédito de su identidad.

En él que ha hecho célebre la villa de Tarso, ¿se trata de una vocación personal o de una llamada eclesial, y es ciertamente una alternativa? El ex-fariseo reivindica una llamada directa del Señor Jesús que lo introduce en la categoría fundamental de los apóstoles como en el único marco eclesial plausible para realizar aquello a lo que ha sido llamado. En reciprocidad, hay a través de sus cartas, un debate constante sobre los criterios del apostolado auténtico, de forma semejante a la singularidad de su llamada y su conversión. Ha buscado la autenticación eclesial de su vocación ante los destinatarios mismos de su envío. Pero, repitámoslo, una inadecuación subsiste entre las estructuras eclesiales, en las cuales Pablo reivindica plenamente su lugar, y la singularidad de su llamada.

Vocación y ministerio

El exegeta no aborda sino reticente la figura de Pablo bajo el ángulo de la vocación. Prefiere tratar de la vocación *apostólica* de Saulo de Tarso. Por una parte, se concentra en un don objetivo, el del ministerio. Por otra, se libera del reproche de subjetivismo y de una aproximación psicológica poco constatada, ya que nadie puede reunir hoy los pensamientos íntimos del *apóstol de las naciones*. Por lo tanto, limitándonos a una lectura estrictamente teológica, descubrimos en Pablo una real tensión entre una llamada personal y singular, y las soluciones ministeriales que se le ofrecen.

En esta tensión se revela lo que es propiamente una vocación. Para comprenderse a sí mismo, Pablo se expresa mediante los códigos religiosos de su tiempo, tales como los apocalípticos. Ha subrayado su relación personal con el Kerigma cristiano y ha recurrido a figuras bíblicas que le entroncan con una tradición. De ninguna manera considera su vocación como un acontecimiento pasado, sino como una solicitud constante que él está sometiendo al discernimiento de las comunidades cristianas. A éstos, él no les pide confirmar sus cualidades de ministro, sino su conformación con Cristo e incluso su compromiso afectivo con ellos. Las cartas manifiestan una simbiosis entre vocación y ministerio. En la experiencia corriente, rara vez se da una simbiosis de este tipo.

(Jeunes & Vocations, 102, 2001, págs. 37-42.

Traducción de Alonso Morata)